

TEMPLO HERMANA TERESA



“La verdad”

08/11/2025



“La verdad”

Queridos hermanos y hermanas

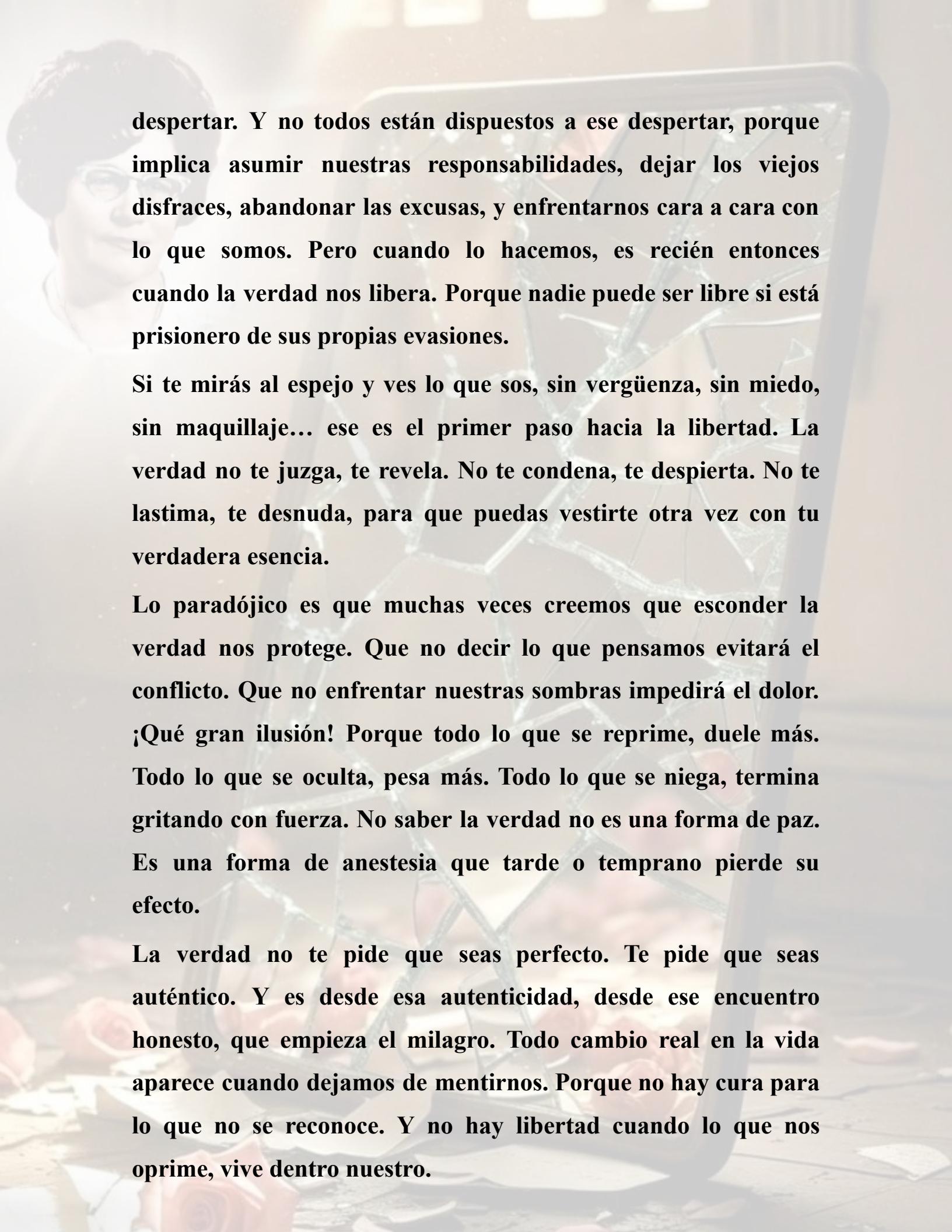
Decir la verdad no es solo un acto de hablar con sinceridad, es una decisión profunda del alma, que nos enfrenta con lo que somos y, al mismo tiempo, nos libera de lo que no somos. La verdad, como un faro silencioso, no obliga, pero llama. No hiere, pero incomoda. No se impone, pero se manifiesta. Y sin embargo, aunque está siempre ante nuestros ojos, no todos estamos dispuestos a verla.

Hace unos días Carlos nos compartió una frase que es clara y al mismo tiempo desafiante:

“La verdad es liberadora, pero primero tenés que estar dispuesto a verla.” Porque la verdad no es una imposición divina ni un decreto humano. Es una luz, que solo alumbría a quien abre las ventanas de su ser. Es una puerta que se abre hacia la liberación interior, pero solo si antes nos animamos a mirar con honestidad lo que hay dentro de nosotros mismos.

Muchas veces, caminamos la vida con una venda suave, que no lastima, pero que impide ver. No porque se nos oblige a no ver, sino porque a veces el alma prefiere la comodidad de la sombra antes que el deslumbramiento de la claridad. Y sin embargo, el alma que elige la sombra aprende, tarde o temprano, que la oscuridad no da respuestas, solo esconde las preguntas.

La verdad no es una palabra, es un proceso. No es un final, es un

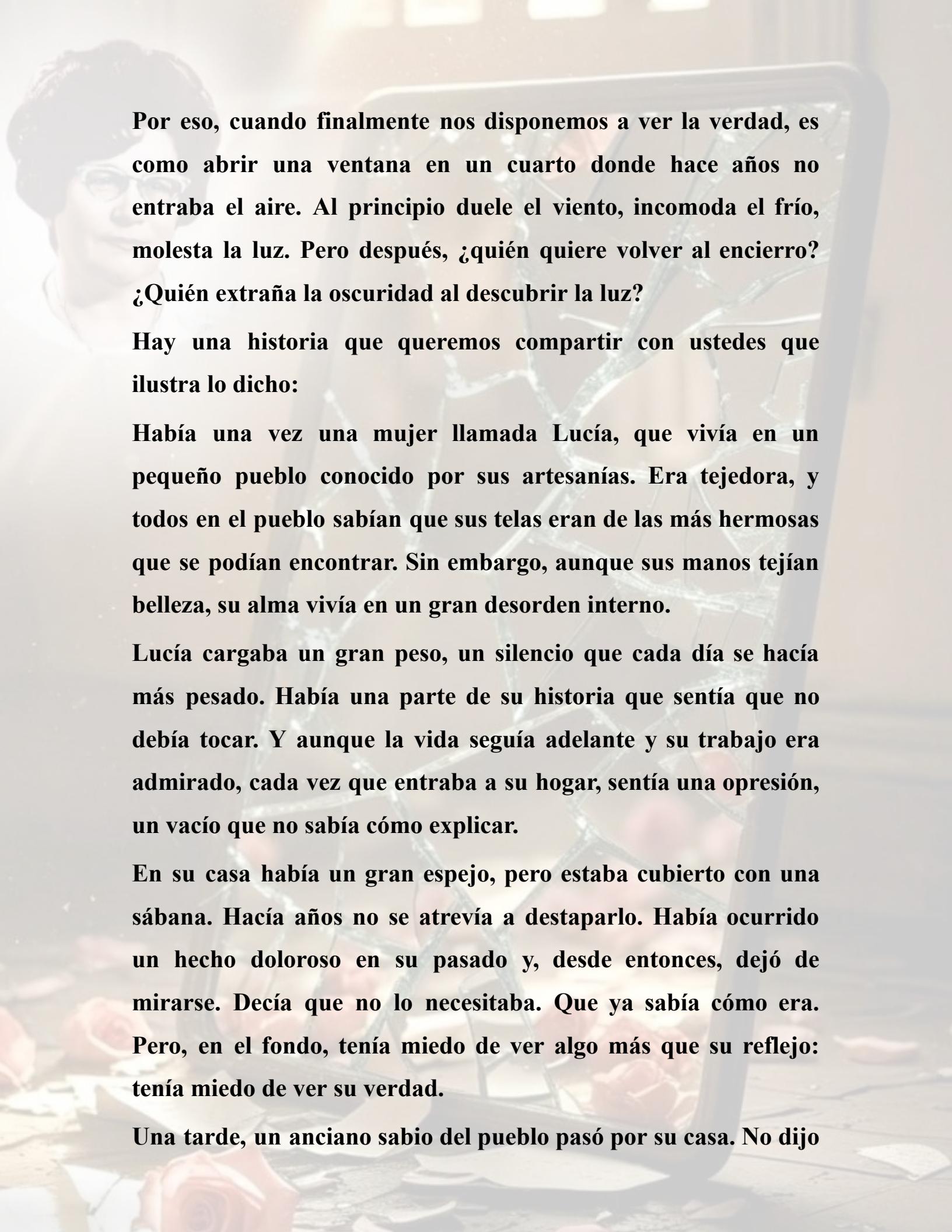


despertar. Y no todos están dispuestos a ese despertar, porque implica asumir nuestras responsabilidades, dejar los viejos disfraces, abandonar las excusas, y enfrentarnos cara a cara con lo que somos. Pero cuando lo hacemos, es recién entonces cuando la verdad nos libera. Porque nadie puede ser libre si está prisionero de sus propias evasiones.

Si te mirás al espejo y ves lo que sos, sin vergüenza, sin miedo, sin maquillaje... ese es el primer paso hacia la libertad. La verdad no te juzga, te revela. No te condena, te despierta. No te lastima, te desnuda, para que puedas vestirte otra vez con tu verdadera esencia.

Lo paradójico es que muchas veces creemos que esconder la verdad nos protege. Que no decir lo que pensamos evitará el conflicto. Que no enfrentar nuestras sombras impedirá el dolor. ¡Qué gran ilusión! Porque todo lo que se reprime, duele más. Todo lo que se oculta, pesa más. Todo lo que se niega, termina gritando con fuerza. No saber la verdad no es una forma de paz. Es una forma de anestesia que tarde o temprano pierde su efecto.

La verdad no te pide que seas perfecto. Te pide que seas auténtico. Y es desde esa autenticidad, desde ese encuentro honesto, que empieza el milagro. Todo cambio real en la vida aparece cuando dejamos de mentirnos. Porque no hay cura para lo que no se reconoce. Y no hay libertad cuando lo que nos opprime, vive dentro nuestro.



Por eso, cuando finalmente nos disponemos a ver la verdad, es como abrir una ventana en un cuarto donde hace años no entraba el aire. Al principio duele el viento, incomoda el frío, molesta la luz. Pero después, ¿quién quiere volver al encierro? ¿Quién extraña la oscuridad al descubrir la luz?

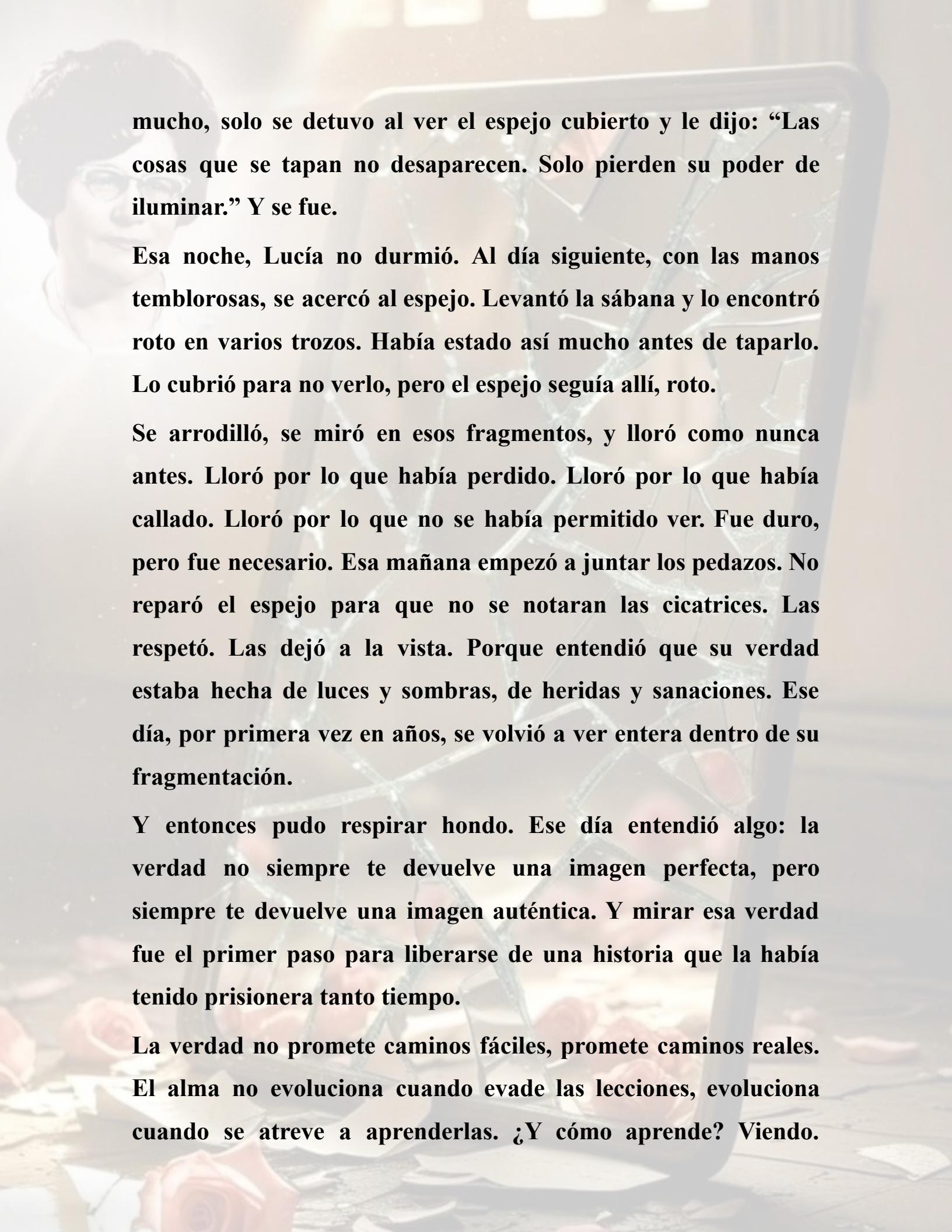
Hay una historia que queremos compartir con ustedes que ilustra lo dicho:

Había una vez una mujer llamada Lucía, que vivía en un pequeño pueblo conocido por sus artesanías. Era tejedora, y todos en el pueblo sabían que sus telas eran de las más hermosas que se podían encontrar. Sin embargo, aunque sus manos tejían belleza, su alma vivía en un gran desorden interno.

Lucía cargaba un gran peso, un silencio que cada día se hacía más pesado. Había una parte de su historia que sentía que no debía tocar. Y aunque la vida seguía adelante y su trabajo era admirado, cada vez que entraba a su hogar, sentía una opresión, un vacío que no sabía cómo explicar.

En su casa había un gran espejo, pero estaba cubierto con una sábana. Hacía años no se atrevía a destaparlo. Había ocurrido un hecho doloroso en su pasado y, desde entonces, dejó de mirarse. Decía que no lo necesitaba. Que ya sabía cómo era. Pero, en el fondo, tenía miedo de ver algo más que su reflejo: tenía miedo de ver su verdad.

Una tarde, un anciano sabio del pueblo pasó por su casa. No dijo



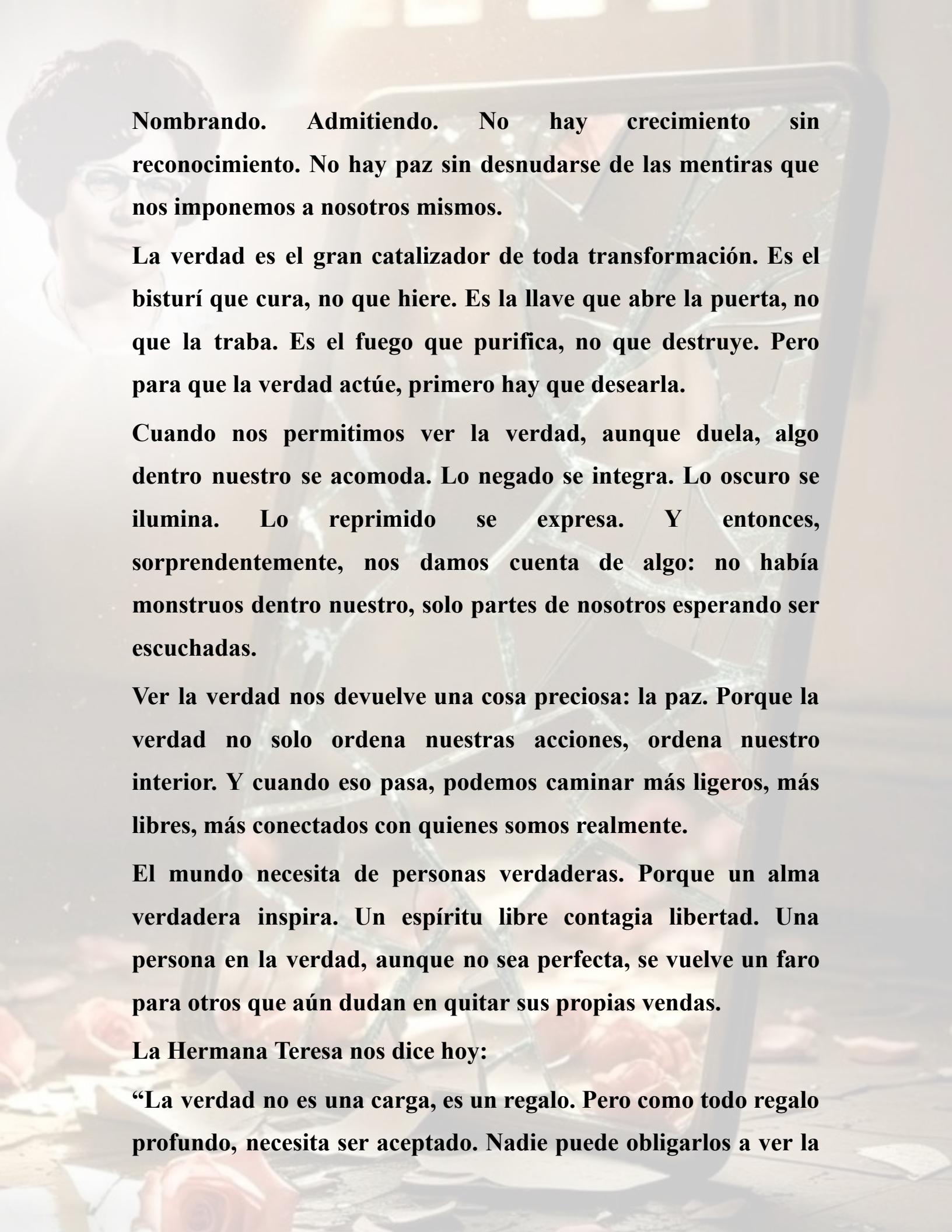
mucho, solo se detuvo al ver el espejo cubierto y le dijo: “Las cosas que se tapan no desaparecen. Solo pierden su poder de iluminar.” Y se fue.

Esa noche, Lucía no durmió. Al día siguiente, con las manos temblorosas, se acercó al espejo. Levantó la sábana y lo encontró roto en varios trozos. Había estado así mucho antes de taparlo. Lo cubrió para no verlo, pero el espejo seguía allí, roto.

Se arrodilló, se miró en esos fragmentos, y lloró como nunca antes. Lloró por lo que había perdido. Lloró por lo que había callado. Lloró por lo que no se había permitido ver. Fue duro, pero fue necesario. Esa mañana empezó a juntar los pedazos. No reparó el espejo para que no se notaran las cicatrices. Las respetó. Las dejó a la vista. Porque entendió que su verdad estaba hecha de luces y sombras, de heridas y sanaciones. Ese día, por primera vez en años, se volvió a ver entera dentro de su fragmentación.

Y entonces pudo respirar hondo. Ese día entendió algo: la verdad no siempre te devuelve una imagen perfecta, pero siempre te devuelve una imagen auténtica. Y mirar esa verdad fue el primer paso para liberarse de una historia que la había tenido prisionera tanto tiempo.

La verdad no promete caminos fáciles, promete caminos reales. El alma no evoluciona cuando evade las lecciones, evoluciona cuando se atreve a aprenderlas. ¿Y cómo aprende? Viendo.



Nombrando. Admitiendo. No hay crecimiento sin reconocimiento. No hay paz sin desnudarse de las mentiras que nos imponemos a nosotros mismos.

La verdad es el gran catalizador de toda transformación. Es el bisturí que cura, no que hiere. Es la llave que abre la puerta, no que la traba. Es el fuego que purifica, no que destruye. Pero para que la verdad actúe, primero hay que desearla.

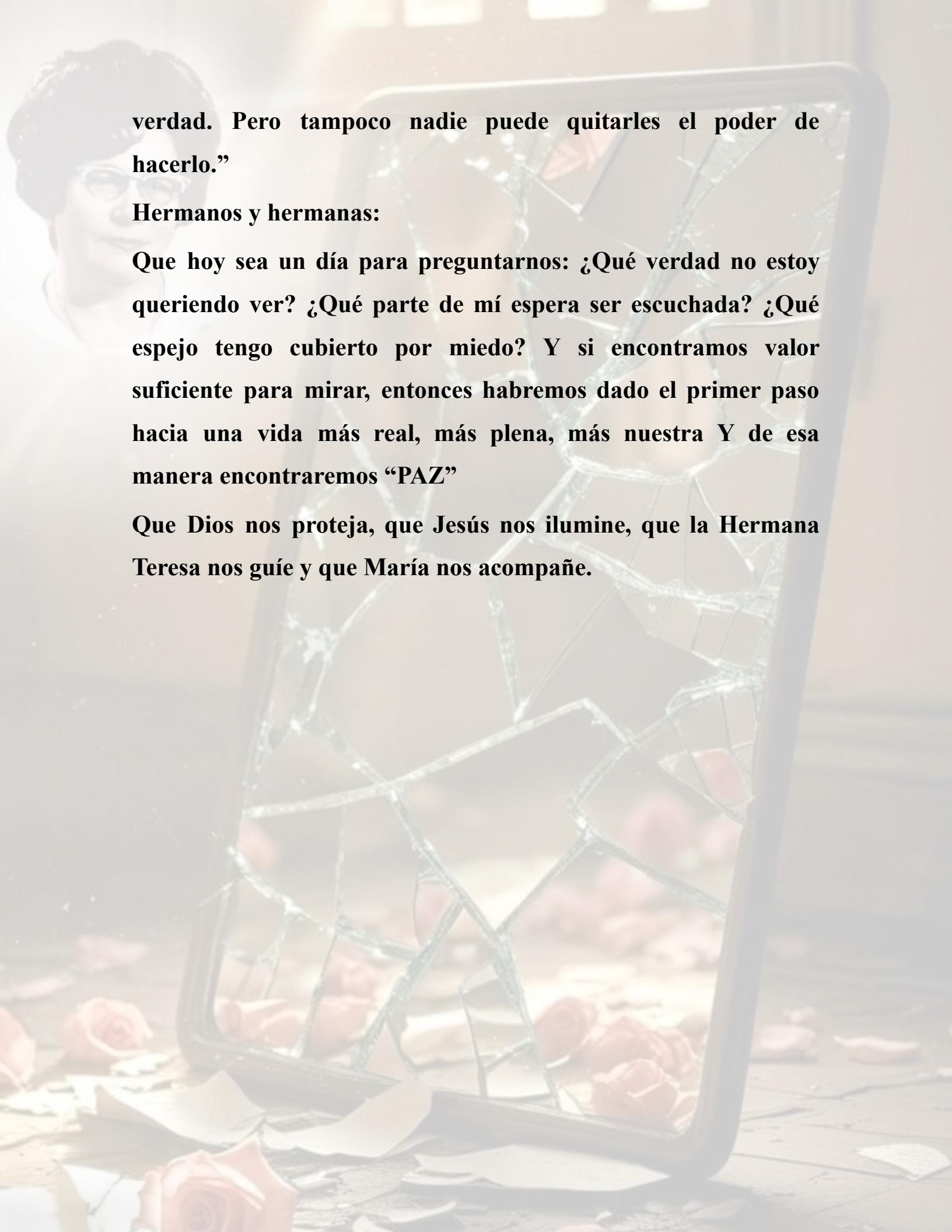
Cuando nos permitimos ver la verdad, aunque duela, algo dentro nuestro se acomoda. Lo negado se integra. Lo oscuro se ilumina. Lo reprimido se expresa. Y entonces, sorprendentemente, nos damos cuenta de algo: no había monstruos dentro nuestro, solo partes de nosotros esperando ser escuchadas.

Ver la verdad nos devuelve una cosa preciosa: la paz. Porque la verdad no solo ordena nuestras acciones, ordena nuestro interior. Y cuando eso pasa, podemos caminar más ligeros, más libres, más conectados con quienes somos realmente.

El mundo necesita de personas verdaderas. Porque un alma verdadera inspira. Un espíritu libre contagia libertad. Una persona en la verdad, aunque no sea perfecta, se vuelve un faro para otros que aún dudan en quitar sus propias vendas.

La Hermana Teresa nos dice hoy:

“La verdad no es una carga, es un regalo. Pero como todo regalo profundo, necesita ser aceptado. Nadie puede obligarlos a ver la



verdad. Pero tampoco nadie puede quitarles el poder de hacerlo.”

Hermanos y hermanas:

Que hoy sea un día para preguntarnos: ¿Qué verdad no estoy queriendo ver? ¿Qué parte de mí espera ser escuchada? ¿Qué espejo tengo cubierto por miedo? Y si encontramos valor suficiente para mirar, entonces habremos dado el primer paso hacia una vida más real, más plena, más nuestra Y de esa manera encontraremos “PAZ”

Que Dios nos proteja, que Jesús nos ilumine, que la Hermana Teresa nos guíe y que María nos acompañe.